El maestro de baile

GALERIA DRAMATICA

Y

CENTRO DE ADMINISTRACION,

COMPRENDIENDO

LAS MEJORES OBRAS

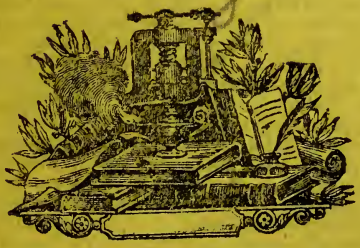
DEL TEATRO

ESPAÑOL Y ESTRANGERO.

DE

LOS PRINCIPALES AUTORES.

Perez



Madrid.
Editor propietario M. P. Delgado.
CALLE DE JESUS Y MARIA, n.º 4.

14

CATÁLOGO DE LAS OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE ESTA GALERÍA,

publicadas hasta 1.° de Enero de 1876.

Abadía de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar err
Accion de Villalar.—Adel el Zegrí.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra c
zo.—Alberoni.—Alberto.—Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo hec
cho.—Alfonso el Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante pres
Amantes de Teruel.—Ambicion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo mártir.—Ar
do.—Amor de madre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y am
Amor venga sus agravios.—Amoríos de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio P
Apoteosis de Calderon.—Aragon y Castilla.—Ardides de un cesante.—A rio revuelto.—
conspirar.—Arte de hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coq
A un cobarde otro mayor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.—Anillo de la duquesa
por el empleo.—Amores á nieve.—Amar sin dejarse amar.—Antaño y ogaño.—Acuer
nicipal.—Andujar.

Bachiller Mendarías.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca.—Bandera negra.—Bárbar
berg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Bateléra de Pasages.—Batilde, ó América lib
tuecas.—Blanca de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Sancha.—Borra
corazon.—Bruja de Lanjaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey don Sancho.—Cada cual
razon.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de S. I
Capas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Cárlos II el hechizado.—Cárlos
frin.—Casada, vírgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamient
dia noche.—Cásate por interés.—Castigo de una madre.—Castillo de S. Alberto.—Casualid
Catalina de Médicis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la cieguecita.—Cel
los infundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Club revo
rio.—Cobradores del banco.—Coja y el encogido.—Colegialas de Saint Cyr.—Colon y
errante.—Cómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Conde
lian.—Conjuracion de Fiesco.—Conspirar por no reinar.—Con amor y sin dinero.—Con
y cebolla.—Copa de marfil.—Corazon de un soldado.—Corsario.—Corte del Buen Retiro
te.—Corte del Buen Retiro, 2.ª parte.—Corte de Cárlos II.—Cortesanos de don Juan II.
de la lealtad.—Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwell.—
ero.—Cuando se acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.—
do con las amigas.—Cuñada.—Cuna no dá nobleza.—Celos de un alma noble.—Caja
ta.—Corazon y el dinero.—Celos de Mateo, *zarzuela.*—Calderon.—Carta y guarda pe
nicienta.—Cerros de Ubeda.—Cortesanos de chaqueta.—Cuadros al fresco.—Clavo a

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desban.—De
do.—Desengaño en un sueño.—Detrás de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor.—
Cojuelo.—Dia mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios l
ellos se juntan.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces.—Dómine consejero.—Don Alvar
na.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Antequer
Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.—Don J
norio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el dine
Juan Trapisonda.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—Doña María
na.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas casader
doctores.—Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padres
hija.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunos.—
y compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba.—Duquesita—.Dote de María.—I
tiga sin palo.—Duende del meson, *zarzuela.*—De España á Francia.—D. Quijote.

E. H.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—
casa por todo pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotros.—E
Empeños de una venganza.—Encubierto de Valencia.—Encantos de la voz.—Engañ
verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del corazon
lera de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los
tas.—Escuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Españo
todo.—Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un ba
Estupidez y ambicion.—Escomulgado.—El diablo está en todas partes.—En palaci
calle.—Escenas del siglo de las luces.—Espulsion de los jesuitas.—Escuela de las a
Espiacion de un delito.—En todas partes hay de todo.—Entre dos mundos.—Encapu
El qué dirán y el qué se me da á mí.

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisa
nático por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad.—Felipe.—Felipe el Hermoso.—
Mairena.—Fernan Gonzalez, 1.ª parte.—Fernan Gonzalez, 2.ª parte.—Finezas con
vios.—Flaquezas ministeriales.—Flavio Recaredo.—Floresinda.—Fortuna contra f
Fray Luis de Leon.—Frenología y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de
boda.—Fé, esperanza y osadía.

EL MAESTRO DE BAILE.

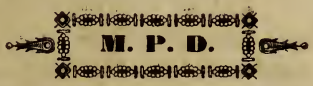
Pieza cómica en un acto,

ORIGINAL Y EN PROSA,

DE

DON ENRIQUE PEREZ SCRICH.

Esta Comedia se aprobó por la censura cuando se representó por primera vez en el teatro del Príncipe el año de 1856.



MADRID.

IMPRENTA DE POLICARPO LOPEZ.
Cava-Baja, n.° 19, bajo.
Mayo 1875.

PERSONAS.	ACTORES.
DOÑA ISABEL.	*Doña Cristina Ossorio.*
JUANA.	*Doña Felipa Orgaz.*
TEODORO.	*Don Fernando Ossorio.*
DON EDUARDO.	*Don Manuel Ossorio.*

La accion pasa en Madrid, casa de don Eduardo. Año 185...

Este pieza pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad en el todo de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

DEDICATORIA.

A Don José Bernat Baldoví.

Pòc vál, amic meu, esta pòbra comedieta; pero es la primera que done á llum despues de haber vist y admirat en esena la última fulla de laurél poético, *en que, baix del titul de* «Si te pica... ráscate,» *acaba de enriquir la seua corona satírica la Musa del Chuquer.*

Sòc valensiá de sánc pura, y rabiós partidari del tabalet *y* donsaina; *y no tenint atre aguinaldo que oferirli al music machor de la* Ribera baixa *pera les próximes carnistoltes, me prenc la llibertat de dedicarli este ball... de* Torrent, *en que tocará el pandero, en manegues de camisa,* nuestro comun amigo Don Fernando Ossorio.

Yo haguera volgut escriure en esta ocasió una coseta digna del selebre Sueco; *pero «qui no en sáp mes, en sá mare es chita,» y sobre tót*

«Ya veu, Don Chusep Bernat,
que habent un bon fi pel mich,
el mal gus del seu desich
li deu ser disimulat
á.....

Enrique Perez Escrich.

673214

ACTO ÚNICO.

ala decentemente amueblada: puerta al foro y laterales. A la izquierda del foro un secreter abierto, y á la derecha una consola. Junto al proscenio un costurero de señora bastante grande.

ESCENA PRIMERA.

OÑA ISABEL, *sentada en un sofá.* JUANA, *entrando por el foro.*

uana. Ya estoy aquí, señora. (*Se quita la mantilla.*)
sabel. Gracias á Dios.
uana. He tardado?
sabel. Son las once y media, y has salido de casa á las nueve y cuarto.
uana. Es verdad; pero desde aquí á la estacion del ferro-carril, y desde esta á la calle de Leganitos, me parece...
sabel. Vamos á lo que importa. Mi marido?...
uana. Caminando hácia Albacete en un coche de segunda clase.
sabel. Estás segura que?...
uana. Como que lo he visto con mis propios ojos. El me dijo al tomar de mis manos el saco de noche: «Ya puedes volverte á casa.» Pero yo me hice pies de plomo en la sala de descanso, y hasta que no vi salir á la locomotora echando crispas, no abandoné mi sitio.
sabel. Y has hecho muy bien.
uana. Pues bonita soy yo para esas cosas, y mas cuando se trata de servir á una señorita tan buena como usted.

Isabel. Ay, Juana! tú ya sabes que todas estas precauciones son necesarias, pues si por desgracia se hubiera quedado en Madrid...

Juana. Dios nos libre! Bonito genio tiene el señorito! Y bien mirado, él tiene la culpa de que andemos con estos misterios.

Isabel. Sino fuera por su maldita aficion al baile francés, no me veria obligada á dar este paso.

Juana. Usted ama demasiado á su esposo; él lo ha conocido y ahí está el mal.

Isabel. Tienes razon.

Juana. Desengáñese usted, señorita, los hombres son como la goma elástica; cuando mas se les obliga mas prestan... conque así, créame usted... cara de perro!

Isabel. Ya es demasiado tarde. Pero dime, has entregado mi carta al maestro?

Juana. En sus propias manos.

Isabel. Y qué te ha dicho?

Juana. Despues que concluyó de leerla, adelantando el pie derecho con mucha monería, y haciendo un movimiento con todo el cuerpo, me dijo: «Dile á tu señorita que antes de un cuarto de hora me tendrá á sus órdenes.»

Isabel. Y dime, tú crees que yo podré aprender ese paso que tanto agrada á mi marido?

Juana. Y por qué no? Usted tiene todos los requisitos necesarios para lograr lo que se propone...

Isabel. Dios te oiga!

Juana. Y además, el afan de sorprender al señorito, le hará hacer prodigios en el dificil arte de las piruetas.

Isabel. Sí, pero como soy tan corta de genio, me parece que no tendré valor para hacer el movimiento mas insignificante delante de un desconocido, de un hombre que...

Juana. No tenga usted miedo.

Isabel. Por Dios, Juana, que no sepa nunca que un hombre ha venido á enseñarme...

Juana. Pierda usted cuidado; por mí no sabrá nada... Ya le tenemos ahí... Valor! (*Ha sonado la campanilla.*)

Isabel. Dile que pase. (*Vase Juana.*)

ESCENA II.

DOÑA ISABEL.

Mucho me va á costar, pero es preciso decidirse... Si fuera un maestro de piano... pero de baile! Dios mio, qué vergüenza! Ay! Como logre aprender ese maldito paso que tanto agrada á mi marido, todo lo doy por bien empleado. Yo no puedo soportar por mas tiempo la alabanza que mi esposo tributa á esa bailarina que ha venido á turbar la tranquilidad de esta casa con su trage de hada y con sus gestos descarados. Mi marido me tiene por una tonta, por una torpe; pues bien, yo voy á probarle que una mujer lo puede aprender todo, hasta el baile francés.

ESCENA III.

DOÑA ISABEL. JUANA. TEODORO.

Juana. Ahí tiene usted á la señora. (*Señalando á doña Isabel.*)
Teodoro. Beso á usted los pies.
Isabel. Caballero...
Teodoro. (No es fea la discípula.)
Juana. Si la señora no me necesita, iré á arreglar el gabinete del señorito.
Isabel. Como quieras, Juana.
Teodoro. Por mí no deje usted sus quehaceres. (*Vase Juana.*)

ESCENA IV.

DOÑA ISABEL. TEODORO.

Teodoro. (Nos deja solos... esto es plan convenido.)
Isabel. Caballero, usted estrañará...
Teodoro. Nada de estraño veo en esto, señora. Usted, aprovechando la ausencia de su esposo, me escribe para...
Isabel. Sí, sí... (No sé qué decirle.)
Teodoro. (Y es como una rosa.)
Isabel. (Yo no tengo valor.)

Teodoro. (Baja los ojos! Ah! Vamos, me habrá visto con el tonelete blanco bailar el paso del Céfiro, y la he flechado.) Decia usted...

Isabel. Nada, caballero...

Teodoro. (Quiere que me declare.) Señorita, nosotros los artistas, como nos pasan tantas aventuras agradables, estamos acostumbrados á guardar los secretos. Así nos va mejor; de modo que puede usted con toda confianza... soy una piedra.

Isabel. Ya que usted ha interpretado mi cortedad, no vacilaré un momento en decirle que de usted depende la dicha de mi corazon.

Teodoro. (Ahora se me declara.) Hable usted, señora. (*Toma una postura afectada.*)

Isabel. Estoy enamorada. (*Bajo.*)

Teodoro. (No lo dije? Aquí de mis pies!) (*Hace un movimiento.*)

Isabel. Hay mas, caballero. Estoy celosa.

Teodoro. (Ya, ya; preparemos el terreno.) Ay! ay! ay!

Isabel. Se siente usted malo?

Teodoro. No es nada: prosiga usted.

Isabel. Como decia, estoy enamorada, celosa...

Teodoro. De quién, señora? (Llegó el momento.)

Isabel. Buena pregunta!

Teodoro. (Tiene razon.)

Isabel. De mi esposo.

Teodoro. De su... ha dicho usted?...

Isabel. De mi esposo.

Teodoro. (O quiere darme celos, ó no me ha visto con el tonelete blanco.)

Isabel. Y sepa usted que él paga este amor sin límites con una indiferencia de muy mal género.

Teodoro. Su marido de usted debe tener mal gusto. A mí no me sucederia lo mismo.

Isabel. No tiene él la culpa, sino una maldita francesa á quien él llama la diosa Terpsicore, porque antes de verla bailar el paso del marinerito me queria mucho, me mimaba mucho, en fin, pareciamos dos tórtolas; pero esa bailarina le ha trastornado la cabeza. Ahora solo piensa en ella, me echa en cara mi mal gusto, mi poco oido... y sepa usted que mi marido aborrece á los bailarines, pero idolatra á las bailarinas.

Teodoro. Su marido de usted tiene muy buen gusto; á mí me sucede lo mismo.

Isabel. Hé aquí el motivo de la carta que he escrito á usted. Yo deseo que mi esposo me ame como antes, y he pensado que durante su permanencia en Albacete, á donde le llaman asuntos de familia, me enseñe usted ese maldito paso, para que cuando regrese tenga el baile en casa y no vaya á buscarlo á la agena. El se estará por allá quince dias lo mas, y me parece que en ese tiempo bien podrá usted ponerme al corriente. No es verdad, don?...

Teodoro. Teodoro Saltarini, señora.

Isabel. Es usted extranjero?

Teodoro. De la Alcarria, señora.

Isabel. Cómo ha dicho usted?...

Teodoro. Mi nombre de pila es Anselmo Nogales... pero mi maestro de baile, artista de gran talento, viendo que no sacaba partido de mis piernas y ya llevábamos tres meses dale que le das... me dijo un dia, dándose una palmada en la frente: «He dado en el *quid.* Tú no bailarás bien mientras te llames Nogales. El nombre influye mucho en los artistas.» Dejé, pues, mi verdadero nombre, y me apoderé del primero que cruzó por la imaginacion.

Isabel. Ah!

Teodoro. Con mi nombre de pila nunca pude hacer el mas fácil batiman; con mi nombre adoptivo he adquirido una reputacion casi europea. Así es, que conociendo la imperiosa necesidad de trocar los nombres, es una de las primeras condiciones que impongo á mis discípulos.

Isabel. Y usted cree que el mio será un inconveniente?

Teodoro. Sepamos la gracia de usted.

Isabel. Isabel Voluptu.

Teodoro. Qué lástima que no tenga usted una *osa!*

Isabel. Cómo!

Teodoro. Se llamaria usted Voluptuosa; pero en fin, veremos.

Isabel. Y llegaré á aprender?

Teodoro. Y por qué no? Usted es flexible como una zapatilla; aérea como una gasa; y con un poco de talento... creo que...

Isabel. Y se necesita mucho talento para aprender á bailar?

Teodoro. Quién lo duda, señora! Nosotros necesitamos, como todos los artistas, que nuestras obras lleven impreso el sello del genio. Despues, mucha fuerza en las pantorrillas, agilidad en la punta de los pies, gracia en los modales, espresion en la fisonomía, y sobre todo ser muy músico. Créame usted, señora, Bellini hubiera sido un gran bailarin.

Isabel. Pues yo tengo un oido fatal.

Teodoro. Si á usted le parece, podemos empezar la primera leccion.

Isabel. Sí; pero usted me dispensará las torpezas que cometa.

Teodoro. No se ganó Zamora en una hora. Además, lo primero que enseño á mis discipulos es la mímica, ese arte de hablar sin lengua; de modo que así pierden el miedo. Ahora estoy tambien enseñando á la hija del boticario de esta calle; pero tiene tan poco talento de comprension la boticaria, que despues de mes y medio que hace me estoy matando para enseñarla á hacer modales, parecen sus brazos los de un dómine de lugar recitando una fábula.

Isabel. Y yo tengo que aprender la mímica?

Teodoro. Es indispensable; pero en las primeras lecciones usted no hará mas que mirar.

Isabel. Entonces, cuando usted guste.

Teodoro. Me permitirá usted que me quite el frac.

Isabel. Como usted quiera...

Teodoro. Usted ya sabe, señora, que el marinerito saca una guirnalda de rosas que luego ofrece á su dulce dueño.

Isabel. Si, si, es verdad.

Teodoro. Pues bien, si usted tuviera una bufanda, un chal, cualquier cosa, para que pudiera con mas propiedad...

Isabel. Solo puedo ofrecer á usted un chal de cachemira. Sirve?

Teodoro. Es lo único. (*Deja el sombrero sobre la tapa del secretér, y el frac encima de una butaca que habrá cerca del costurero de Isabel.*)

Isabel. (*Abre el cajon de la consola y saca un chal en-*

carnado.) Es una prenda que ya no se usa, pero yo la conservo como un recuerdo. Vea usted.

Teodoro. Magnífico! (*Se lo coloca como una banda.*) Empiezo: tenga usted clavada su vista en mi rostro, y verá usted con qué facilidad se le puede hacer comprender al público el menor movimiento. Mucha atencion. El foro figura el mar. Esto es la playa. Esa puerta (*La de la izquierda.*) figura una cabaña que tiene una ventanilla adornada de flores; tres golpes de orquesta. Ton! Ton! Ton! Llega un barquichuelo á la orilla, y salta á la playa un marinerito, que soy yo... figúrese usted que voy vestido de marinero... Doy cuatro saltitos acompasados, y me agarro al violin del director de orquesta. Aquí empieza la mímica, y digo siguiendo la música: «Qué diablos tienes, corazon? Ay! ay! te comprendo; es porque en esa cabaña se cobija tu amor... Ahora me acerco á la puerta á favor de un *surbacó*, un *batiman* y *Padeburefalí*... doy tres palmadas, y se asoma la marinerita á la ventana.» Digo, me parece que este es el baile que usted desea aprender.

Isabel. El mismo. Ahora es cuando mi marido aplaude furiosamente.

Teodoro. Al compás de la música la digo: «Ingrata! sabiendo que me muero por tus pedazos y que me miro en el sol de tu cara y en los espejos de tus ojos... cómo has tardado tanto?» Ella me dice: «Voy á ver si duerme mi madre.» Yo le digo: «Sal pronto, pues me mata el deseo de dar contigo un par de vueltas.» Ella se retira... yo recorro la escena, diciendo: «Si habrá moros en la costa?» Ella sale; yo la digo: «Vente para acá, vente para acá.» Me contesta acercándose: «Allá voy! allá voy! allá voy!» La cojo de la mano, y haciendo una cuarta la conduzco al foro... hago un *pasfloré*, y la conduzco á la izquierda como para escuchar si duerme la vieja, y haciendo un *surbacó* sostenido, la coloco delante de las candilejas del proscenio, en donde la ofrezco la guirnalda haciendo un movimiento gracioso: ella me mira con ojos lánguidos, y yo hago una actitud arabesca.

Isabel. Sí... exactamente: aquí vuelve á aplaudir mi marido.

Teodoro. Marcaré ligeramente el solo de ella. (*Teodoro dá algunos pasos del solo, y al tiempo que se queda junto al proscenio con el chal guardando una postura académica, aparece Juana precipitadamente por la izquierda.*)

ESCENA V.

DICHOS. JUANA.

Juana. Señorita... (*Habla al oido á Isabel.*)
Teodoro. Esta criada ha convertido en prosa la poesia de mi actitud.
Isabel. Ay Dios mio! esto nos faltaba.
Teodoro. Qué tiene usted, señora?
Isabel. Qué he de tener? que mi esposo está á la puerta.
Teodoro. Pues no me ha dicho usted que estaba en Albacete?
Isabel. Así lo creia yo; pero está ahí...
Juana. Escóndase usted, caballero.
Teodoro. Esto faltaba: yo no me escondo. (*Llaman.*)
Todos. Ay!
Teodoro. Y qué hacemos, señora?
Isabel. Lo mismo digo.
Teodoro. Lo mejor es revelárselo todo.
Isabel. Desgraciado de usted si él llega á saber...
Juana. Y él que es un tigre.
Teodoro. Qué? (*Maquinalmente se esconde el chal en el pecho.*)
Isabel. Una pantera.
Teodoro. Cómo! (*Apoyándose en una silla.*) Pues estoy fresco! (*Llaman.*)
Juana. Se me ocurre una idea! Diga usted que es el médico... y usted finja un ataque de nervios.
Teodoro. Pero si yo no sé...
Juana. No hay otro medio. (*Vase.*)
Isabel. Advierte que...
Juana. Valor! Voy á abrirle la puerta.

ESCENA VI.

DOÑA ISABEL. TEODORO.

Isabel. (*Dejándose caer en el sofá.*) Yo estoy muerta!
Teodoro. (Vaya una aventura!)
Isabel. Finja usted bien, caballero, que no sospeche...
Teodoro. Haré lo que pueda. (Como coja la puerta!...)
Isabel. Ya está ahí. (*Reclina la cabeza.*)
Teodoro. Valor, Saltarini. (*La coge el pulso, y se coloca en actitud de médico.*)

ESCENA VII.

DICHOS. DON EDUARDO, *con un saco de noche. Detrás,* JUANA.

Eduardo. (*Tirando el saco de noche en una silla.*) Malditos sean los ferro-carriles y los....
Juana. Hable usted mas bajo...
Eduardo. Eh? Pues bueno vengo yo para...
Teodoro. Chist!
Eduardo. Qué?... (*Reparando en Teodoro.*)
Teodoro. Por Dios, caballero, modere usted sus ímpetus.
Eduardo. (*Coge á Juana y la conduce al otro estremo del teatro.*) Díme, quién es ese hombre?
Juana. El médico.
Eduardo. El médico y en mangas de camisa...
Juana. Yo le diré á usted: es... (no sé qué decirle.)
Eduardo. Vamos, qué?
Juana. Como vive en el cuarto tercero de esta casa... y cuando subí á llamarle estaba lavándose...
Eduardo. Ah! pero quién es el enfermo?
Juana. La pobre señorita.
Eduardo. Isabel!
Juana. Sí, señor; si por poco se muere...
Eduardo. Y estás con esa calma?... (*Se dirige al sofá.*) Isabel! Isabel!
Teodoro. Hable usted mas bajo.
Eduardo. Pero podré saber...
Teodoro. No es nada, caballero: ya vuelve... Un ataque

de nervios: ahora necesita mucha tranquilidad, muchísimo silencio.

Eduardo. Es estraño! La he dejado tan buena, tan contenta...

Teodoro. A veces la procesion va por dentro.

Eduardo. Cómo! (*Teodoro deja su sitio á don Eduardo.*)

Teodoro. Quiero decir que... (daria mi tonelete blanco por verme en la cuesta de la Vega!) (*Se acerca á Juana y hablan aparte.*)

Eduardo. Animo, Isabelita, valor; esto no ha sido nada... (Es particular! ella no ha padecido nunca de los nervios!)

Isabel. (*Incorporándose.*) Ay, Eduardo! No creí volverte á ver.

Eduardo. Sabes que me asombra tu nueva enfermedad?...

Isabel. Qué quieres! el sentimiento que me ha causado tu partida... (*Eduardo se sienta en el sofá, y de vez en cuando lanza una mirada recelosa á Teodoro. Este procura mostrarse indiferente.*)

Teodoro. (*A Juana.*) Chist! chist!

Juana. Qué mira?

Eduardo. (Este médico! este médico!)

Teodoro. (*Ap. á Juana.*) Déme usted el frac y el sombrero.

Juana. (*Id.*) No puede ser.

Eduardo. Y diga usted, doctor, esto podrá traer malos resultados?

Teodoro. Cá! de ningun modo. (*Hace señas á Juana.*)

Eduardo. (No las tengo todas conmigo!) Pero tú estás temblando!

Isabel. Ya ves, despues de un ataque...

Teodoro. (*A Juana.*) (Yo no puedo salir á la calle de este modo.)

Juana. (Escóndase usted en mi cuarto, que está al fin del corredor.) (*Eduardo vuelve la cabeza.*)

Eduardo. Qué dices?

Juana. Decia: «Señor doctor, y no receta usted nada?»

Eduardo. Ah! (*Mirando á su mujer.*) (Oh! esta se ha turbado... aquí hay algo!)

Teodoro. Yo le iba á contestar que un vasito de limon helado calmaria sus padecimientos... (*A don Eduardo.*) Usted podria ir por él en un instante...

Eduardo. (Hola! quiere que me vaya!) Limon para los nervios?...

Teodoro. Es lo único.

Isabel. (No sé lo que me pasa.)

Teodoro. (Salgamos del charco.) Caballero, puesto que no corre peligro la señora, me permitirá usted que me retire?

Eduardo. Usted es muy dueño; pero antes me hará usted el favor de decirme en dónde vive, por si acaso ocurre...

Juana. (*Se coloca al lado, y dice prontamente:*) En esta misma casa, cuarto tercero.

Teodoro. (Qué?...) Ah! sí, somos vecinos. (Y cómo miente la tal criada.)

Eduardo. No te lo preguntaba á ti. (*Se pasea.*) (Se me está engañando; yo sabré...)

Teodoro. Repito, caballero. Señora, á los pies de usted... (*Al pasar junto á Juana dice:*) (Mi frac, mi sombrero!...)

Eduardo. Vaya usted con Dios. (*Vanse Teodoro y Juana.*)

ESCENA VIII.

DOÑA ISABEL. DON EDUARDO. *Luego* JUANA.

Eduardo. (*Paseándose.*) (Será verdaderamente médico?)

Isabel. Qué tienes? Te pesa el haber vuelto?

Eduardo. Al contrario, estoy muy contento, muy contento, (*Dando puñetazos á las sillas.*) por dos razones: la primera, porque tenia una sospecha que hoy aclararé. (*Mirándola fijamente.*)

Isabel. (Tiene una sospecha.)

Eduardo. Y la segunda, porque hoy baila mi diosa Terpsícore: lo he visto anunciado en la estacion... (*Juana sale y se coloca al lado de Isabel.*)

Isabel. Veo que no olvidas á tu bailarina.

Eduardo. (Me pide celos... Otra prueba!)

Juana. Señora, y esto? (*Señalando al frac de Teodoro que está sobre una silla.*)

Isabel. Dios mio! si lo ve se descubre todo. (*Don Eduardo se vuelve, y Juana se sienta encima del frac.*)

Eduardo. (No hay duda: aquí pasa algo.) (*Se dirige al foro y coge el saco de noche. Juana coge el frac hecho un lio y se lo dá á Isabel.*)

Juana. Métalo usted en el cajon del costurero. (*Isabel lo hace.*)

Isabel. Dáme. (*Don Eduardo vuelve: ellas se separan un poco.*)

Eduardo. (*Se sienta y abre el saco de noche, del cual saca un estuche de cirujano.*) Es preciso obrar con prudencia; podia ser inocente... (*Se levanta.*)

Juana. Señora, el sombrero del maestro está en el secreter; entretenga usted al señorito. (*Juana se dirige al foro, Don Eduardo tambien, con el estuche en la mano.*)

Isabel. Eduardo!

Eduardo. Qué?

Isabel. Aun no me has esplicado la causa de tu vuelta.

Eduardo. (Me quiere dar conversacion... Otra prueba!) Es verdad... las lluvias han arruinado uno de los puentes, y nos hemos visto precisados á regresar á Madrid. (Será un médico?) Juana! (*Llamando.—Juana, que tenia el sombrero próximo á su mano, cierra precipitadamente el secreter y deja el sombrero dentro.*)

Juana. Ay! (*Cerrando.*)

Eduardo. Qué haces ahí?

Juana. Nada, señorito; queria usted algo?

Eduardo. Toma este saco y déjale en mi gabinete.

Juana. (*Pasando por junto á doña Isabel.*) En el secreter está encerrado el sombrero del maestro. (*Vase.*)

Eduardo. (Se han hablado en voz baja... Otra prueba!)

Isabel. (No me atrevo á respirar.)

ESCENA IX.

DON EDUARDO. DOÑA ISABEL.

Eduardo. (Su distraccion no es natural.)

Isabel. (Es preciso desvanecer sus recelos.)

Eduardo. (Veamos.) Isabel, aunque tu médico asegura que no corres peligro, no sé si me atreva á llevarte conmigo al teatro.

Isabel. No, no, me quedo en casa: no estoy muy buena, y la salida...

Eduardo. (Quiere quedarse sola! Aqui hay algo.) Bien, como quieras; iré solo.

Isabel. Yo estoy muy contenta cuando tú te diviertes.

Eduardo. (Se hace la víctima... malo! Ah, qué idea! El portero me dará razon, ó si no en el mismo cuarto tercero.) (*Dá vueltas al estuche distraidamente.*)

Isabel. Estás distraido, y no reparas que vas á romper esa preciosa cajita.

Eduardo. No tengas cuidado... es muy fuerte!

Isabel. Es algun regalo?

Eduardo. (Cómo finge... falsa!) Esto es un estuche que he comprado para el cirujano de Albacete...

Isabel. Ah, sí, el que te encargaron.

Eduardo. (Es preciso salir de dudas.) Juana, mi gaban.

Isabel. (Se va... gracias á Dios!) Te marchas?

Eduardo. Sí, pronto vuelvo... (Yo veré...)

ESCENA X.

DON EDUARDO. DOÑA ISABEL. JUANA, *con el gaban y sombrero.*

Juana. Aqui estoy, señorito! (*Don Eduardo le alarga el brazo.—Juana tira de la manga de la levita que lleva puesta, pero como tiene el estuche en la mano, no puede salir.*)

Eduardo. Hoy parece que estás tonta.

Juana. Pues si tiene usted esa caja en la mano, cómo ha de salir la manga.

Eduardo. Espera, voy á dejarla en el secreter. (*Se dirige al foro.*)

Juana. Tiró de la manta... (*A doña Isabel rápidamente.*) Que está allí el sombrero!

Isabel. (Dios mio!) (*Llamándole.*) Eduardo!

Eduardo. (*Se detiene junto al secreter y pone la mano en la llave.*) Qué quieres?

Isabel. Puedes dejarme por un momento ese estuche? Tengo que recortar un calado y mis tijeras son fatales.

Eduardo. Toma. (*Se lo dá.—Se pone el gaban y el sombrero.*)

Eduardo. Adios. Procura que no se pierda ninguna pieza.

Isabel. Pierde cuidado.

Eduardo. (La incertidumbre es la peor de las enfermedades.) Hasta luego.

Isabel. No tardes.

Eduardo. Bien. (Será un médico de veras?) (*Vase por el foro.*)

ESCENA XI.

DOÑA ISABEL. JUANA.

Juana. Gracias á Dios!

Isabel. Ya ves, Juana, qué compromiso! Y todo por querer agradar á mi marido.

Juana. Lo que conviene es echar á la calle á ese bailarin, y que no vuelva á parecer por aquí.

Isabel. Pues qué... está en casa?

Juana. Cómo queria usted que saliera en mangas de camisa y sin sombrero?

Isabel. Es verdad.

Juana. Como el señorito es tan receloso, me preguntó por qué iba en mangas de camisa; y á mi en aquel instante solo se me ocurrió decirle que vivia en el cuarto tercero de esta casa, de modo que el pobre, por no comprometer á usted, se conformó con esconderse en mi cuarto, y allí está con mas miedo que piernas.

Isabel. Pues corre, díle que se marche inmediatamente, porque si volviera mi esposo...

Juana. Si, voy al momento.

ESCENA XII.

DICHAS. TEODORO, *por el fondo.*

Teodoro. Chist! señoras!... se ha marchado la pantera?

Las dos. Ay!

Teodoro. No hay que asustarse! Esto no ha sido nada... Una aventurilla de artista... Con que tengan ustedes la bondad de darme el sombrero y el frac, porque me marcho.

Isabel. Si... si... caballero... y usted dispensará...

Teodoro. No hay de qué, señora... (Tengo una gana de verme en la calle...)

Isabel. Tome usted por la primera leccion: siento lo que ha ocurrido. (*Le dá dinero.*)

Teodoro. Qué es esto? dinero?... yo no lo he ganado; pero en fin... (*Se lo mete en el bolsillo del chaleco.*) la culpa la tiene el Nabucodonosor de su marido de usted.

Isabel. Respete usted su ausencia, caballero.

Teodoro. Usted dispensará, pero su marido de usted tiene trazas de ser un tirano de Pádua! Con que me dá usted el frac y el sombrero...

Juana. Al momento. (*Se dirige al foro: Isabel al costurero. Teodoro queda en el centro del teatro.*)

ESCENA XIII.

DICHOS. DON EDUARDO.

Eduardo. (*Dando un grito.*) Divinamente!

Los tres. Ay! (*Se quedan inmóviles.*)

Eduardo. Me alegro mucho de encontrar á usted por acá. (*Dándole una palmada en el hombro.*)

Teodoro. Sí... yo... (No sé qué decirle... la descubro? No, Saltarini; esa seria una accion indigna de un artista.)

Isabel. Eduardo... es preciso que sepas...

Eduardo. Señora, hágame usted el favor de retirarse...

Isabel. Pero advierte que el señor...

Eduardo. (*La coge de un brazo y la conduce á la puerta de la derecha.*) He dicho á usted que se retire. (*Cierra la puerta tras de Isabel. Juana se acerca á Teodoro y le dice:*)

Juana. No la descubra usted, caballero.

Teodoro. (Qué! Ah! confia, doméstica.)

Eduardo. Y tú, á la cocina. (*A Juana, y cierra la puerta del foro.*)

Teodoro. (Vaya un apuro! Y cierra las puertas... qué diablos va á hacer conmigo?)

ESCENA XIV.

DON EDUARDO. TEODORO.

Eduardo. Tome usted asiento. (*Le ofrece una silla.*)
Teodoro. (No me gusta su amabilidad.) (*Se sienta.*)
Eduardo. (*Se acerca, y Teodoro se aparta un poco.*) No puede usted pensarse el placer que esperimento al ver á usted por segunda vez en mi casa.
Teodoro. Gracias. (No te creo.)
Eduardo. Porque de ese modo me ahorra usted el trabajo de mandarle llamar. (Me la pagarás, embustero!) Amigo mio, yo no estoy bueno, y nadie más que usted puede devolverme la salud. Hé aquí mi pulso.
Teodoro. (Esto me faltaba!) (*Le pulsa.*) Usted está agitado... (Yo no sé lo que me digo.)
Eduardo. De modo que una sangría...
Teodoro. Sí, no sería mala.
Eduardo. Entonces, tendrá usted la bondad de hacérmela.
Teodoro. Yo!
Eduardo. Y quién mejor que usted? siempre ejecutará esa operacion con mas tacto que un barbero.
Teodoro. (Vaya un apuro...) Sí, pero...
Eduardo. (Duda!... Bien.) Teme usted acaso?
Teodoro. No, nada de eso... pero... (Yo no le sangro... feliz idea!...) En este momento me es completamente imposible... no traigo el estuche... Ya ve usted que sin los útiles... (Me he salvado.)
Eduardo. (*Con calma, dirigiéndose al costurero.*) Precisamente debe haber por ahí un estuche que he comprado para el cirujano de Albacete... (*Le busca en el costurero.*)
Teodoro. (Este hombre se ha empeñado en que le desuelle.) (*Detiene á don Eduardo.*) Siento no poder complacer á usted.
Eduardo. Cómo!
Teodoro. Estoy tan acostumbrado á mis chismes, que no me avengo con otros.
Eduardo. (No sé cómo me contengo.) Oh! por eso no lo hemos de dejar. (*Busca.*)

Teodoro. (Yo voy á declarárselo todo.) Pues bien, sepa usted, caballero...

Eduardo. En dónde diablos habrá dejado mi mujer el estuche?

Teodoro. (No le encuentra... bravo!) Mire usted, en un salto voy á casa por el mio, y...

Eduardo. (*Encuentra el frac y lo saca.—Teodoro retrocede.*) Calle! qué es esto? Un frac en el costurero de mi mujer!

Teodoro. (Es el mio! Aquí ardió Troya!)

Eduardo. Pues esta prenda no me pertenece. (Qué mas pruebas?... es de él... sí... va en mangas de camisa... Voy á estrangularle.)

Teodoro. (Es preciso salvarla: los fuertes debemos proteger á los débiles.)

Eduardo. A qué aguardo? (*Le mira con dureza.*)

Teodoro. (No me gustan los ojos del marido. Valor!)

Eduardo. (Pero no... nada de escándalo!) Caballero, usted debe conocer esta prenda. (*Le coge de la solapa del chaleco y le sacude, hasta que reparando en un fleco del chal, tira, y se lo saca.*) Calle! qué es esto? Un chal!

Teodoro. No, señor, es una bufanda.

Eduardo. Una bufanda en el pecho!

Teodoro. Yo tengo esas rarezas, y me parece que cada uno es dueño de hacer lo que le acomode.

Eduardo. Infames!

Teodoro. Usted me... (La echamos á perder.)

Eduardo. Pero tiene usted razon. Cada uno es dueño de hacer lo que quiera, y por lo mismo, ya que le encuentro á usted en mi casa en mangas de camisa, ya que usted no vive en el cuarto tercero, ya que su frac viene á convertir en realidad mi sospecha, ya que encuentro sobre usted un chal que yo regalé á mi mujer antes de casarme, voy á romperle á usted la cabeza.

Teodoro. (Diablo!) Esto es un atropello.

Eduardo. No grite usted.

Teodoro. Pero es preciso que usted sepa que soy inocente.

Eduardo. Nada; las disculpas de usted solo servirian para redoblar mi cólera.

Teodoro. (Pues no me he metido en mal charco!) Oiga usted...

Eduardo. Ni una palabra mas: esta es cuestion que debe arreglarse entre los dos: nada de escándalo; allí en mi gabinete...

Teodoro. Hombre, yo no entiendo ni una palabra.

Eduardo. No se haga usted el inocente... basta. (*Arroja el frac sobre una silla.*) Voy á preparar las pistolas. (*Se dirige al secreter.*)

Teodoro. Le digo á usted que no quiero batirme: no hay motivo... (*Don Eduardo abre el secreter, y retrocede viendo el sombrero aplastado.*)

Eduardo. Qué es esto? Un sombrero!!

Teodoro. (El mio... y lo compré ayer!)

Eduardo. Y ahora, dirá usted que no hay motivo?...

Teodoro. Es... que... (Me aplasta.)

Eduardo. Yo necesito la cabeza de este sombrero... y ya la tengo... (*Se lo pone á Teodoro con rabia.*)

Teodoro. Repare usted...

Eduardo. Silencio!

Teodoro. Caballero, le juro á usted con la mano sobre el corazon...

Eduardo. Cuando está sembrada la sala de cuerpos del delito, se atreve usted... (*Dando un grito.*) Isabel!

Teodoro. Mire usted, yo soy un ser inofensivo. Cálmese usted y...

Eduardo. (*Sin atenderle.*) Isabel!

Teodoro. Pero qué intenta usted...

Eduardo. Primero, ponerle frente á frente de su cómplice, y luego desollar á entrambos.

Teodoro. (Salvaje!)

ESCENA XV.

DON EDUARDO. TEODORO. DOÑA ISABEL, *por la izquierda.*

Eduardo. Venga usted acá, sierpe con faldas.

Isabel. Eduardo mio, yo no comprendo...

Eduardo. Suprima usted esa palabra. Ve usted esto? (*Por el frac.*) Ve usted esto? (*Por el sombrero.*) Ve usted esto? (*Por el chal.*) Pues bien, lo sé todo.

Isabel. Perdon, Eduardo; yo debia habértelo confesado:

ha sido una imprudencia... lo sé; pero tú me la perdonarás, porque eres bueno.

Eduardo. Uf! ha cometido una falta, y me llama bueno... Señora, ese epíteto es sinónimo de...

Isabel. Es la primera y la última: te lo juro por...

Eduardo. No jure usted, señora, y responda á su juez. Por qué escondió usted en su costurero este frac?

Isabel. Me dijo que podria hacer con mas libertad los movimientos, y...

Eduardo. Los movimientos! Este es el colmo de la insolencia...

Teodoro. Esa es la verdad: en mangas de camisa las actitudes se ejecutan con mas desahogo...

Eduardo. Insolente! (*Dándole un puñetazo en la barriga.*)

Teodoro. Ay! (*Agarrándose el vientre y haciendo gestos de dolor.*)

Isabel. Eduardo, mia es la culpa, no...

Eduardo. (Y le defiende en mis barbas...) Señora, entre usted ahí á esperar su sentencia...

Isabel. No; primero me has de oir.

Eduardo. Ni una palabra... ni media... (*La empuja, y cierra la puerta tras ella.*)

ESCENA XVI.

DON EDUARDO. TEODORO.

Teodoro. Ay! ay!

Eduardo. Prohibo que se queje usted. Mientras yo voy á escribir dos letras á mi madre, elija usted arma. (*Coge el frac.*)

Teodoro. (No en mis dias.) Caballero, usted está padeciendo un error.

Eduardo. Ahorrémonos palabras. Despues de lo que se me ha revelado, uno de los dos está de mas en el mundo!

Teodoro. (Qué diablos! Voy á revelárselo todo.) Caballero, yo no soy lo que parezco.

Eduardo. Eh?

Teodoro. No soy médico... soy bailarin.

Eduardo. Usted!... Usted bailarin! eso no puede ser, es una mentira, cobarde!

Teodoro. Quiere usted una prueba? Mírela usted. (*Hace una octava.*)

Eduardo. Eso no es una prueba, es un nuevo insulto.

Teodoro. Entonces, ahí va esta. (*Hace otra actitud.*) Y le desafio á usted á que la imite.

Eduardo. Embustero!

Teodoro. Pero, señor mio, esto no lo hace todo el mundo. (*Vuelve á ejecutar otra actitud, y don Eduardo lo coge la pierna: Teodoro se agarra al sofá por no caerse.*)

Eduardo. Se burla usted de mí? (*Le coge la pierna.*)

Teodoro. Eh! cuidado! cuidado! (Vaya una broma!)

Eduardo. Si vuelve usted á hacer otra actitud, le mato como á un perro.

Teodoro. Bien, hombre, bien. (Pues no es poco brusco!)

Eduardo. Aborrezco á los bailarines, los detesto; quisiera que desaparecieran del globo... Con que es inútil que usted finja, pues solo serviria para redoblar mi furor... Yo me voy á mi despacho.

Teodoro. Ah! si... pues yo tambien. (*Se dirige al foro.—Don Eduardo le detiene.*)

Eduardo. Quieto. Usted no puede salir de esta casa. Dentro de cuatro minutos, volveré á ver las armas que usted ha elegido. (*Vase por la derecha, llevándose el frac.*)

ESCENA XVII.

TEODORO.

No puedo mas! (*Se deja caer en una butaca.*) Ni todo el arte coreográfico convence á este marido. Con que es decir que quiere rebanarme en dos como si fuera una sandía! Pobre Saltarini! Te dejarás matar? No, jamás; es preciso buscar un medio para salir de este atolladero... qué armas elegiré que sean inofensivas?... Los... no!... Las... menos!... Pues, señor, no hallo ninguna. Oh diosa Terpsicore! Ven en mi ayuda. Ah! lo encontré. La botica está en esta misma calle... feliz idea! Escribamos. (*Se sienta y escribe.*) «Amigo boticario.» No. «Amigo don Pablo: no haga usted caso de la adjunta receta: déle usted al dador, en lugar de lo que en ella le pido, mag-

nesia. Luego tendré el gusto de pasar por su casa, y contarle lo que me obliga á obrar así. Suyo, etc.» Ahora la receta! «Media onza de polvos de morfina.» Un garabato y mi firma. Bravo! Parodiando el desafío que tuvo lugar en mi pueblo entre un médico y un militar, me salvo, si... porque él no admitirá... Pero quién le entrega la carta al boticario?... Veremos si esto sale mal: de todos modos no me bato.

ESCENA XVIII.

TEODORO. DON EDUARDO.

Eduardo. Ha hecho usted la eleccion?

Teodoro. Sí señor, y necesito un criado que vaya por mis armas.

Eduardo. Es inútil; las tengo en casa; sable, florete, pistola...

Teodoro. No es ninguna de esas.

Eduardo. Entonces será á carabina.

Teodoro. No señor, á veneno.

Eduardo. Qué?

Teodoro. A veneno. Un médico no debe batirse de otro modo.

Eduardo, Basta de bromas.

Teodoro. Nada de eso. Mire usted. (*Enseñándole la receta.*)

Eduardo. (*Leyendo.*) «Media onza de morfina.»

Teodoro. Ya ve usted que el arma es terrible.

Eduardo. Ya lo creo! Con la mitad reventaría medio Madrid. Ese duelo no está admitido por la sociedad.

Teodoro. Pero sí por los médicos.

Eduardo. Le suplico á usted que elija otras armas.

Teodoro. (No quiere admitir... bravo.) Señor mio, diga usted que tiene miedo.

Eduardo. Miedo! Sabe usted que me están dando ganas de arrojarle por el balcon?

Teodoro. Eso sería de muy mal género.

Eduardo. (Si querrá asustarme?)

Teodoro. Decidase usted.

Eduardo. Admito. Juana! (*Abriendo la puerta del foro y llamándola.*)

Teodoro. (Como esta no lo eche á perder, todo va bien.)

ESCENA XIX.

DICHOS. JUANA.

Eduardo. Puede usted mandarla.

Teodoro. Oye. Vé á casa del boticario que vive en esta calle, ya sabes, don Pablo, y dile que te suministre lo que dice esta receta. (*Habla bajo con Juana, y le entrega la carta y la receta.*)

Eduardo. (Quiere asustarme! Oh! yo probaré si efectivamente es un pretesto para escaparse de mis manos.)

Juana. Conque esta receta y dos copas llenas de vino?

Teodoro. Sí: no te olvides de nada. (*Con intencion.*)

Juana. Pierda usted cuidado. (No entiendo una jota.) (*Vase por el fondo.*)

ESCENA XX.

DON EDUARDO. TEODORO.

Teodoro. Le gusta á usted el vino, caballero?

Eduardo. A mí me gusta todo. (Está tranquilo.)

Teodoro. Es que en las copas de vino es donde deben echarse los polvos.

Eduardo. Bien.

Teodoro. Ahora escribamos la última voluntad. Siéntese usted en esa mesa; yo en esta.

Eduardo. (Lo dirá de veras?...) (*Sin sentarse.*)

Teodoro. Duda usted, caballero?

Eduardo. (*Sentándose bruscamente.*) Yo!! Ya estoy sentado.

Teodoro. (*Sentándose.*) Como la justicia podria interpretar mal nuestro caballeresco desafío, bueno será escribir una carta.

Eduardo. (*Maquinalmente.*) Sí... una carta.

Teodoro. Dicte usted.

Eduardo. (Diablos!)

Teodoro. Dicte usted. Ya espero.

Eduardo. Muero envenenado por dos razones: (*Escribiendo los dos.*) la primera, porque me dá la gana...

Teodoro. Si á usted le parece, podiamos suprimir la segunda.
Eduardo. Sí... suprimamos. Qué mas?
Teodoro. La firma.
Eduardo. Eduardo Martinez.
Teodoro. Teodoro Saltarini.

ESCENA XXI.

DICHOS. JUANA, *con las copas y los polvos.*

Juana. (*Entrando.*) Ay! vengo muerta! (*Dejándolo encima de la mesa.*)
Teodoro. (*Acercándose á Juana.*) (Nos hemos salvado.)
Eduardo. Hé ahí las copas fatales. Estoy decidido... yo no bebo.
Teodoro. Puedes retirarte. (*A Juana.*) (Tranquiliza á tu ama.)
Juana. (*Yéndose.*) Pues señor, ahora lo entiendo menos. (*Vase.*)

ESCENA XXII.

DON EDUARDO. TEODORO.

Teodoro. Quiere usted lanzar una mirada sobre estos polvos?
Eduardo. No... no.
Teodoro. Quiere usted suministrarlos?
Eduardo. No... no. (Me va disgustando el asunto.)
Teodoro. Entonces vuélvase usted de espaldas. Yo los echaré en la copa, y usted elegirá. Se entiende, cubriéndolas con un sombrero, y usted dirá la de la derecha, ó la de la izquierda.
Eduardo. (*Volviéndose de espaldas.*) Asesino! Tus palabras caen sobre mi corazon como plomo derretido.
Teodoro. (Se habrá equivocado el farmacéutico?... No me faltaba otra cosa.)
Eduardo. Este es el momento mas amargo de mi vida.
Teodoro. No... yo no los echo... no sea cosa... (*Los arroja al suelo.*) De este modo no corremos peligro. (*Cubre las copas con el sombrero.*) Elija usted, caballero.

Eduardo. Yo! no. (Si esto se prolonga, me caigo redondo.)

Teodoro. En estos casos, cuanto mas pronto se desocupa, mejor. Cúbrome los ojos con este pañuelo, (*Lo hace.*) y elijo... la primera que me venga á la mano. Esta.

Eduardo. Deténgase usted, caballero.

Teodoro. (*Bebiendo precipitadamente.*) Es tarde, señor mio.

Eduardo. Corazon de Leon, qué has hecho?

Teodoro. Cumplir con mi deber.

Eduardo. Yo no podia imaginarme que usted bebiera.

Teodoro. Siento que me escarabajean las tripas.

Eduardo. Entonces... entonces...

Teodoro. Sí, yo soy la víctima.

Eduardo. Socorro! socorro!

Teodoro. No grite usted... ya es tarde... yo... so... lo... bo... no... Ay!... Uy!

Eduardo. Que se muere... favor!... Aceite!...

Teodoro. So... y... i... no... cen... te... i... no... cen... te... i... no... cen... te... (*Cae desplomado en su sillon.—Pausa.*)

Eduardo. (*Lanzando una mirada en derredor.*) Era inocente!... Estoy perdido... no me atrevo á mirarle... pobre jóven!... habrá quedado horroroso. Juana! Juana! Este sudor frio es el soplo de los remordimientos.

ESCENA XXIII.

DICHOS. JUANA, *por el foro.*

Juana. Aquí estoy, señorito!

Eduardo. Es preciso que declares en favor mio!... Mira á ese hombre!...

Juana. Pobrecito! Le ha dado algun accidente?

Eduardo. Oye y tiembla. Es un cadáver inanimado.

Juana. Ay! (*Asustada.*)

Eduardo. Silencio, desgraciada: la menor imprudencia nos perderia...

Juana. Pero... si... con qué...

Eduardo. Tú me ayudarás... si la justicia le encuentra en mangas de camisa, podia sospechar...

Juana. Dios mio, qué conflicto!

Eduardo. Chist. (*Buscando por la escena.*) Dónde estará el frac de este desgraciado? Ve si está en el cuarto de la señora. (*Vase Juana.*) Voy á ver si está en mi gabinete. Es preciso colocarle la carta en el bolsillo... y luego ponérselo. (*Vase por la derecha.*)

Teodoro. Ah! marido incivil... Ah! marido anti-social... Ahora me pagas los sustos que me has dado.

ESCENA ULTIMA.

TEODORO, *en el sofá.* DON EDUARDO, *por la derecha trayendo maquinalmente el frac cogido por una manga y arrastrando.* DOÑA ISABEL *y* JUANA, *por la izquierda, una detrás de otra.*

Juana. Mírele usted. Ahí en el sofá.

Isabel. Dios mio! esto es horrible... muerto!

Eduardo. Sí... muerto. Vea usted adónde nos ha conducido su primera falta.

Isabel. Qué has hecho, desgraciado? Ese hombre era inocente.

Eduardo. Esa ha sido su última palabra.

Isabel. Hé aquí el fruto de mi afan por complacer el menor de tus deseos.

Eduardo. Cómo!

Isabel. Sí... yo queria darte una sorpresa. Queria aprender ese baile maldito que tanto te gusta, y mandé por ese infeliz, que es el mejor maestro de baile de la córte.

Eduardo. Y me lo dices ahora?

Juana. Si usted no nos ha dejado hablar.

Eduardo. Oh! imprudencia de las imprudencias! Perdon, pobre víctima, perdon.

Isabel. Pero qué hacemos?

Eduardo. El ha dejado esta carta que nos libra de toda responsabilidad. Se la colocamos en el bolsillo del frac, quitándole antes todos los papeles que tenga para que la encuentren mas pronto. (*Registrando en el frac.*) Qué es esto? Una carta! Y es de tu letra...

Isabel. A ver! la que yo le escribí...

Teodoro. (Pues no me acordaba de ella!)

Eduardo. (*Leyendo.*) «Caballero: deseo que usted me enseñe el baile titulado «El Marinerito.» Quiero sorprender á mi esposo cuando regrese de Albacete. Le espera á usted=Isabel Voluptu.» Oh! marido iluso! (*Dando golpes en las mesas.*)

Isabel. } *Juana.* } Ay! (*Asustadas.*)

Eduardo. (*Asustado tambien.*) Qué?

Isabel. No has oido?...

Eduardo. Nada... Es el miedo... teneis mucho miedo... ayudadme á poner el frac á este infeliz.

Juana. Yo no...

Isabel. Yo no...

Eduardo. Me abandonais en el momento mas crítico de mi vida! (*Acercándose al sofá.*) Bien! Yo solo se lo pondré. (*Va á cogerle un brazo y retrocede.*) Infeliz jóven! Víctima de tu arrojo y de tu valor! Perdona á tu asesino.

Teodoro. (*Levantándose de repente.*) Con mucho gusto. (*Lanzan un grito los tres, y van á refugiarse á la derecha del teatro, donde se aprietan unos contra otros, quedando espaldas con espaldas.*)

Los tres. Ay!

Eduardo. Espectro vengador, vuelve á tu tumba... Qué quieres?

Teodoro. Que me escuchen ustedes un momento.

Isabel. Qué?

Juana. Cómo!

Eduardo. (Estará vivo?)

Teodoro. Esto no ha sido mas que una farsa para desvanecer las sospechas de usted.

Eduardo. Ah! (*Se sienta.*)

Isabel. Ah! (*Id.*)

Juana. Ah! (*Id.*)

Teodoro. Solo espero el perdon de ustedes por haber llevado demasiado lejos mi comedia.

Eduardo. Está usted perdonado. (*A doña Isabel.*) Y tú, ven á mis brazos. Ay! y lo que pesa el remordimiento.

Isabel. Eduardo! (*Se abrazan.*)

Eduardo. Desde hoy renuncio á los bailes, y solo tú ocuparás mi imaginacion.

Teodoro. Pues yo juro por la diosa Terpsícore no enseñar á ninguna mujer... que tenga marido, sin que esté él presente.

Porque, segun ve cualquiera,
diferencia hay muy marcada
entre la mujer casada
y una muchacha soltera.
Por eso con la primera
tan receloso hoy me muestro,
pues conoce el menos diestro
que el baile del matrimonio
es un baile... del demonio,
que se aprende sin maestro.

FIN DE ESTA PIEZA.

del rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.—Gar-
la Vega.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata mujer.—Genoveva.—
o.—Gran capitan.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillelmo
—Guillermo Tell.—Guzman el Bueno.—Gracias de Gedeon.—Garras del diablo, *zar-*
Géneros ultramarinos.
el fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—Her-
l honor castellano.—Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija del
Hija del regente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.—
nestion.—Hijo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien.—
gordo.—Hombre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—
pacífico.—Hombre feliz.—Honor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Ho-
lonra y provecho.—Hostería de Segura.—Haz bien sin mirar á quién.—Hombre pro-
lija de Fernan Gil.
visaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta
—Intriga y amor.—Intrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerros de
ud.—Ya murió Napoleon.
o II.—Jadraque y París.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan
a.—Juan de Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepo el Vero-
ra en Santa Gadea.—Justicia aragonesa.—Juan el tullido.—Juego de la gallina ciega.
es de carnaval.—Lázaro ó el pastor.—Lealtad de una mujer.—Libelo.—Loca de Lón-
oca fingida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio Bru-
a.—Luis onceno.—Llueven bofetones.—La pasion y muerte de Jesus.—Los dos pri-
nuza.—Luis y Luisito.
llan.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crímen.—Mar-
cuál de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—María Remond.—
le la bailarina.—Marido de mi mujer.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massa-
las vale llegar á tiempo.—Máscara reconciliadora.—Matamuertos y el cruel.—Mateo, ó
l Espagnoleto.—Matilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—
estraordinarias.—Mejor razon la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un co-
Memorias de un padre.—Mentir con noble intencion.—Mercader flamenco.—Mi Dios
empleo y mi mujer.—Miguel y Cristina.—Mi honra por su vida.—Mi Secretario y yo.—
s de Madrid.—Mi tio el jorobado.—Molinera.—Molino de Guadalajara.—Morisca de
—Mocedades de Hernan-Cortés.—Muérete y verás.—Mujer de un artista.—Mujer gaz-
Mujer literata.—Mulato.—Mauregato, ó el feudo de cien doncellas.—Maestro de es-
-Maestro de baile.—Mancho, piso y quemo.—Mesa giratoria.—Martirios del cora-
as vale tarde que nunca.—Matrimonio civil.
tio ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal que por
venga.—No hay humo sin fuego.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siem-
nor es ciego.—Novia de palo.—Novio y el concierto.—No hay vida mas que en París.—
verano.—Nuevo sistema conyugal.—Novio de China.—Noche de Villalar.
r cual noble aun con celos.—Ocasion por los cabellos.—Odio y amor.—Oliva y el lau-
a casa con dos puertas.—Otro diablo predicador.—Ocasion.
el marino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hi-
lres de la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador
n.—Paria.—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—
y Carranza.—Pata de Cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, 1.ª parte.—Pelo
hesa, 2.ª parte.—Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—
Barcelona.—Periquito entre ellos.—Perros del monte de S. Bernardo.—Pesquisas de
.—Pilluelo de París.—Plan de un drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre pre-
e.—Poeta y beneficiada.—Polvos de la madre Celestina.—Ponchada.—Por él y por
r no esplicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo de los enamorados.—Premio del ven-
-Prensa libre.—Primera leccion de amor.—Primeros yo.—Primeros amores.—Primi-
ncipe de Viana.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Protestante.—Prue-
mor conyugal.—Puntapié y un retrato.—Puñal del godo.—Por derecho de conquis-
va trufada.—Principio de un reinado.—Programa de Manzanares.
hombre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—Quiero ser
.—Quince años despues.—Quien á cuchillo mata.
illete y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República con-
-Rey monge.—Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—
n.—Rivera ó la fortuna, etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigor de las
tas.—Roberto D'Artevelde.—Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la for-
.ª parte.—Rueda de la fortuna, 2.ª parte.—Robert Macaire.—Rey de los azotes.—Retra-
riginales.
.—Samuel.—Sancho García.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo
Segunda dama duende.—Ser buen hijo y ser buen padre.—Siglo XVIII y siglo XIX.—Si-
canegra.—Simpatías.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofro-
olaces de un prisionero.—Solitarios, *zarzuela*.—Soltera, viuda y casada.—Solterona.—

Soprano.—Sotillo.—Soto.—Soto mayor.—Stra della.—Shakespeare enamorado.—Si te cate.—Sálvese el que pueda.—Soy yo, *zarzuela*.—Santiaguillo, *zarzuela*.—Sueños de

Tanto vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey don S Tigre de Bengala.—Tio Marcelo.—Tio Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Toma Too jué groma.—Toros y cañas.—Tran Tran.—Tras él á Flandes.—Travesuras de Juana za de sus cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor o la muerte.—Tu vada.—Tutora.—Tomás el montañés.

Valeria.—¡¡Vaya un par!!—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballer ganza de un pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Vengar con celos.—Vicente Paul, ó los espósitos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Verd apariencias.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.—Visi Vuelta de Estanislao.—Valentin el guarda costas.—Ver para creer.—Víctima de la cal

Un alma de artista.—Un año y un dia.—Un artista.—Un desafio.—Un dia de campo. de 1823.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su pr Un novio para la niña.—Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un paseo á B Un poeta y una mujer.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secreto do.—Un secreto de familia.—Un tercero en discordia.—Un tio en Indias.—Una aventur los II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de tant y no mas.—Una mujer generosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo.—U no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuita.—Un como hay muchos.—Un trueno.—Un baile de candil.—Ultima calaverada.—Una perla go.—Una noche y una aurora.—Union liberal.—Un pie y un zapato.—Un error frenológ no sé qué.—Un drama de familia.—Un noble de nuevo cuño.—Un tenor, un gallego sante.—Zaida.—Zapatero y rey, 1.ª parte.—Zapatero y rey, 2.ª parte.

OBRAS.

Figaro: cuatro tomos en 8.° marquilla con el retrato y biografía, 100 rs.
Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.
Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.
Astronomía de Arago: un tomo, 14.
Poesías de **D. José Zorrilla:** se venden coleccionadas y por tomos.
—— de **D. José de Espronceda**, con su retrato y biografía: un tomo,
—— de **D. Tomás Rodriguez Rubi:** un tomo, 10.
La Azucena silvestre por **D. José Zorrilla:** un tomo, 10.
Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.
La Isla de Cuba considerada económicamente, por el Sr. D. Ramon Pasaro tra, Intendente que fué de la misma: un tomo en 4.°, 12.
El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.
Respuesta al dogma de los hombres libres, un tomo, 6.
Composiciones del Estudiante, en verso y prosa: un tomo, 12.
Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.
Memorias del príncipe de la Paz, seis tomos, 70.
Arte de declamacion, por Latorre, un folleto, 4.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 700 producciones, de las que se han formado:
12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina.**
80 idem del **moderno español.**
40 idem de idem **estrangero.**

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid en la libreria de la Viuda é Hijos de D. José Cuesta, c Carretas.

Y en Provincias en las principales.